

# **Jesucristo, plenitud de *Moradas*, o *Moradas*, la revelación de una cristofanía**

SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ  
(Madrid)

RESUMEN: Las *Moradas* teresianas son una profunda experiencia de Cristo, que se describe a través de categorías bíblicas, principalmente evangélicas. Se presenta el centro del yo como espacio bíblico. Los siete estadios de acceso al centro están contruidos sobre diversos textos evangélicos. Éstos nos revelan cómo en el proceso va surgiendo el Cristo glorioso, que terminará por llenar de luz la ciudad de Jerusalén: el yo humano. *Moradas* se presenta así como el arte de describir una cristofanía.

PALABRAS CLAVE: Cristofanía, cristología, evangelio, mística, experiencia.

## **Jesus Christ, Fullness of *The Interior Castle*, or *The Interior Castle*, Revelation of a Christophany**

*SUMMARY: The Teresian Interior Castle is a profound experience of Christ, described by using biblical categories, mainly from the Gospels. The center of the self is presented as biblical space. The seven stages of entrance into the center are constructed using various Gospel texts, which reveal the ways in which, throughout the process, the glorified Christ gradually emerges and will eventually fill the city of Jerusalem with light: the human self. The Interior Castle is thus presented as the art of describing a Christophany.*

*KEY WORDS: Christophany, Christology, Gospel, mysticism, experience.*

## I. INTRODUCCIÓN

1. *El yo bañado en las luminosidades de Cristo*

Antes de nada, es preciso determinar el pensamiento de Teresa<sup>1</sup> sobre el yo y sus abismos<sup>2</sup>. Me serviré para ello de una serie de textos, enhilados en parangón. Así es el comienzo de su descripción: “Que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas” (1M 1,1)<sup>3</sup>. Y prosigue: “Que si bien lo consideramos... no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites” (1M 1,1)<sup>4</sup>. Y emocionada, continúa: “No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de

<sup>1</sup> Los textos teresianos los cito por SANTA TERESA DE JESÚS. *Obras Completas*. Edición Manual. Transcripción, Introducciones y Notas de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D. y OTGER STEGGIMK, O. CARM. Madrid, BAC, 1986<sup>8</sup>.

<sup>2</sup> Cf. S. CASTRO, *Cristología teresiana*, Madrid, 2010<sup>3</sup>; Ib. *El Camino de lo Inefable*, Madrid, 2012, p. 79-221; Ib., *El Fulgor de la Palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*. Madrid, 2013, p. 245-310. T. ÁLVAREZ, *Comentarios al “Castillo interior” de Santa Teresa de Jesús*, Burgos, 2011; A. MAS ARRONDO, *Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual*, Ávila, 1993; Ib., *Acercar el cielo. Itinerario espiritual con Teresa de Jesús*, Santander, 2005. M. HERRÁIZ, *Introducción al Castillo interior*, Burgos, 2001. SANTA TERESA DE JESÚS, *Castillo interior o Las Moradas*, a cargo de J.V. RODRÍGUEZ, Madrid, 1999<sup>7</sup>. *Castillo interior. Cuentas de Conciencia. Santa Teresa de Jesús*, a cargo de S. ROS GARCÍA, Madrid, 2006. R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, Madrid, 2007.

<sup>3</sup> Jn 14,2. Como puede observarse la idea de castillo ha sido transmutada en las moradas de Jn 14,2.

<sup>4</sup> Prov 8,31. ¿La idea de paraíso no le recordó a Teresa el del Gn 2, 8ss? Cf. V 14,10; CC 45,3; Ex 7,1. “Parece que en la mente de Teresa esa frase de Proverbios se traslada al Paraíso de deleites (Gn 2,8; 3,23-24), que sería el del Génesis, y después a aquellos lugares donde ella piensa que se deleita Jesucristo, como sería su convento de san José: «Este rinconcito de Dios... y morada en que Su Majestad se deleita» (V 35,12). Obsérvense los dos textos de *Moradas* conjuntados aquí. El texto de Proverbios Teresa lo cita varias veces (V 14,10; E 7,1)” [S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*, o.c. p. 248].

un alma y la gran capacidad; y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos..., a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza” (1M 1,1)<sup>5</sup>. Y enseguida matiza: “Este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios” (1M 2,1).

De los pasajes citados se infiere de inmediato que la imagen del castillo se confunde con la del paraíso del Génesis o del Apocalipsis o la de ambos, en cuyo río, o en sus mismas aguas está “el árbol de la vida”<sup>6</sup>.

Pero veamos qué acontece cuando se apaga esta maravilla a causa del pecado: “No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que, con estarse el mismo sol<sup>7</sup>, que le daba tanto resplandor y hermosura todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de Él, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad como el cristal para resplandecer en él el sol” (1M 2,1); cf 1M 2,3; 7M 2,8)<sup>8</sup>.

Para esclarecimiento de estos pasajes, debemos acudir a otro del capítulo final del libro de la *Vida*, donde podemos leer: “De presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo yo no sé decir cómo se esculpía todo en el mismo Señor” (V 40,5)<sup>9</sup>. Y sigue: “Dióseme a entender que estar un

<sup>5</sup> Gn 1,26-27. Conviene no pasar por alto esta afirmación teresiana, que a veces no se valora lo suficiente. Teresa comienza sus *Moradas* haciendo relación a dos posibles claves de lectura: el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios. De ahí la cita del Génesis. Y el recurso en seguida a un texto cristológico, Jn 14,2 (1M 1,1).

<sup>6</sup> Gn 3,22; Sal 1,3; Jr 17,8; Ez 17,5-8; Ap 2,7; 22, 1-2).

<sup>7</sup> En M 2,5 habla también de la fuente “donde está plantado este árbol de nuestras almas y de este sol”.

<sup>8</sup> Aquí se ha perdido la imagen del Castillo.

<sup>9</sup> “Experiencia muy inspiradora doctrinalmente: de ella depende el libro de las *Moradas* (1. c. 1) y el c. 29 de *Camino*. Compárese con las *Rel.* 24, 16

alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser” (V 40,5)<sup>10</sup>.

La imagen del Castillo, pues, que Teresa intenta desarrollar, se sustenta en el texto de *Vida*, que acabamos de recordar. En éste se da razón y se explica el sentido de los términos más significativos de los anteriores. Pero ello se evidencia aún más por una especie de lapsus que comete la autora al hacer referencia al espejo, como algo que habría dicho en *Moradas*, cuando en realidad el texto pertenece a la *Autobiografía*. He aquí sus palabras; “Mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, a donde nuestra imagen está esculpida” (7M 2,10). Este pasaje indudablemente se refiere a *Vida* 40,5<sup>11</sup>.

y 18” (*Obras Completas de Santa Teresa* a cargo de T. ÁLVAREZ, Burgos, 1998<sup>9</sup>, p. 403, nota 14. “Visión del alma con Cristo-Dios en el centro. En ella se fundamenta el libro de las *Moradas* y las primicias expositivas de *Camino* 28,9-12 sobre la oración de recogimiento, como adelanta aquí mismo (n. 6)” [*Santa Teresa de Jesús. Obras Completas* a cargo de M. HERRÁIZ, Salamanca, 1997, p. 304, nota 7].

<sup>10</sup> Este pasaje -V 40,5- es uno de los más importantes de la experiencia teresiana por varios motivos 1. Lo que se decía de la Divinidad y de la Trinidad, ella lo experimenta de Cristo. 2. Cristo aquí connota su Humanidad, porque Teresa dice que se le representó “como le solía ver” (cf. V 29,4). En cualquiera de sus visiones ella siempre le percibió resucitado, por consiguiente, con su Humanidad. 3. El recogimiento supremo teresiano es cristológico. 4. Se incrusta en el yo humano de tal manera, que ni siquiera el pecado lo puede ahuyentar aunque lo oscurezca. 5. Viene a formar parte del hombre, que según esto, estaría constituido de cuerpo, alma y Cristo. 6. Esta comprensión teresiana nos acercaría de algún modo a Efesios y Colosenses y quizás a Teilhard de Chardin. 7. Es una de las experiencias supremas del libro de *Vida*. 8. Sólo el hombre puede encontrarse a sí mismo y explayarse desde esta dimensión cristológica. 9. El seguimiento tiene por objeto el que la realidad de Cristo se imponga en todas las zonas del ser. 10. La experiencia y el seguimiento alcanzarán su cumbre cuando el hombre sienta que ya no es él el que vive, sino Cristo (Gá 2,20) [V 6,10; CC 3,10].

<sup>11</sup> Cf. no obstante 1M 2,5. Este texto habla de la virtud de la humildad. En ningún caso puede referirse la Santa a él en el pasaje citado.

Por otra parte, el esfuerzo del seguidor de *Moradas* ha de dirigirse a entrar en contacto con el Rey que inhabita el centro del yo, cuya alma, al modo de un espejo, refleja a Cristo, como se asegura al final de la obra: “Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria sino intelectual..., como se apareció a los apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: “Pax vobis” (7M 2,3)<sup>12</sup>, cf. 5M 1,13.

De todo ello se deduce que la pretensión de *Moradas* es hacer posibles los medios para que el hombre a través del seguimiento, como se afirmará en las terceras (3M 1,8), alcance el centro del yo, donde se halla el Resucitado, plenificándolo de esplendor y de vida. Se entra en el yo, donde se halla Jesucristo a través del seguimiento de Cristo. Desde esta primera consideración ya se observa que *Moradas* es un camino que lleva a las luminosidades de Cristo en el yo humano. Es una cristología interior y una cristología exterior Pero antes de extraer conclusión alguna, debemos esclarecer qué entiende Teresa por morada.

## 2. El nombre de Morada

El mismo nombre, “morada”, utilizado tan profusamente por ella, está reclamando raíz bíblica, pues ya en el mismo comienzo cita el texto de Juan (1M 1,1): “En la casa de mi Padre hay muchas moradas” (Jn 14,2). Este texto debe leerse, como ya hemos hecho ver, con Génesis 1,26-27. A Jn 14,2 parece aludir en F. 14,5: “Gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús”. Es probable que en un primer momento entienda “morada” como la estancia de un castillo. Y así utilizará también a lo largo de la narración esa imagen. Pero, si se observa con detención, la figura del castillo se retira a un plano secundario, porque las connotaciones bíblicas la van absorbiendo<sup>13</sup>; lo que nos hace incluso pensar que cuando la refiere sin connotación re-

<sup>12</sup> Jn 20, 19-21. Aquí la imagen es el cenáculo. Como se ve Teresa pretende en todo momento que su mística e incluso el modo de transmitirla sean bíblicos, y a poder ser también cristológicos.

<sup>13</sup> “Ni siquiera con el símbolo del castillo llega la santa hasta el final: no le interesa. Le basta el soporte que le ofrece para la propuesta doctrinal” (*Santa Teresa de Jesús. Obras Completas* a cargo de M. HERRÁIZ, o.c. p. 578).

ligiosa alguna ya la percibe transida de cristología. Pero, además, es que Teresa, apenas comienza, infunde tal dinamismo a esta palabra que la enmarca en su más genuino sentido escriturístico. Juan en su evangelio entiende el término “morada” como una derivación del verbo griego “meno”, vocablo que utiliza para significar la relación permanente, vital y sin interrupción entre Jesús y el Padre, y entre nosotros, el Padre y Jesús<sup>14</sup>, (14,23). Dinamismo teológico-espiritual muy del gusto de Teresa<sup>15</sup>.

### *Resultado del análisis textual.*

Por tanto, se puede decir que Teresa asume para su obra esa categoría tan significativa del IV evangelio. Desde este aspecto, todo el libro de *Moradas* ya se enoja<sup>16</sup> de tonos bíblicos. Por ello no es arriesgado afirmar que *Las Moradas* resultan un comentario al texto joaneo. Incluso el hecho de que previamente a la celebración del matrimonio también Teresa gozará de la experiencia trinitaria (7M 1,7), a que alude el evangelista (Jn 14,23), refuerza nuestra idea. El contenido de las moradas del Padre se prosigue luego en Juan en el Apocalipsis (21,9-23), en el que morada es la ciudad entera. Así parece que Teresa entiende también las suyas. De hecho, algunos de los elemen-

<sup>14</sup> Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*, Madrid-Bilbao, Comillas- Desclée, <sup>3</sup>2005, p. 219. 327.

<sup>15</sup> “No hay la más mínima concesión a elementos ‘decorativos’. Toda la atención recae sobre la persona -Dios, hombre- en relación-*la oración*. La vida espiritual, la riqueza de este castillo es la relación que media entre sus habitantes. Intuición teresiana de gran valor educativo” (*Santa Teresa de Jesús. Obras completas a cargo de M. HERRÁIZ*, p. 579).

<sup>16</sup> Teresa compara sus obras: *Vida* y *Moradas* a dos joyas. Aunque cree que *Moradas* es superior a *Vida*: “Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya, y aun la loa mucho, y así hasta que se canse de ella no la dará, que él le dijo se la miraba de propósito. Que si viniese acá..., dice que vería otra que -a lo que se puede entender- le hace muchas ventajas; porque no trata de cosa, sino de lo que es Él, y con más delicados esmaltes y labores; porque dice que no sabía tanto el platero que la hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hízose por mandato del vidriero, y parécese bien, a lo que dicen” (Cta 212, 10. A Gaspar de Salazar [Granada] 7 de diciembre de 1577).

tos que componen su visión del alma están tomados de esa ciudad encantada, vg, el sol (Apc 21,23).

Anticipando un poco las cosas, habría que decir ya que para Teresa lo más íntimo del castillo viene identificado con el centro del yo, el Paraíso del Génesis, la bodega del Cantar, el Cenáculo (5M 1,13), las moradas de Juan y la ciudad del Apocalipsis. Por consiguiente, el Rey del Castillo, es el Esposo del Cantar, el Cristo Resucitado del Cenáculo, el Hijo de las Moradas de Juan, el Rey del Apocalipsis y también el Señor del Paraíso del Génesis. Y no tardando mucho descubriremos que también en el centro del yo se halla la tierra prometida<sup>17</sup>. El texto es precioso: “Y verán cómo Su Majestad le lleva de unas moradas a otras y le mete en la tierra adonde estas fieras ni le pueden tocar ni cansar; sino que él las sujete a todas” (2M 1,9). El texto tiene numerosas reminiscencias bíblicas. Ante todo, la de Éxodo, pero tam-

<sup>17</sup> A lo largo de la historia se ha tratado de señalar el origen del símbolo teresiano del *Castillo* y las *Moradas*. Muchos han recurrido a una revelación hecha a la Santa. Otros han pensado en alguna construcción, las murallas de Ávila, la catedral, incluso han señalado un castillo concreto, otros creen que la Santa se ha servido de algunos tratados espirituales o sermonarios, otros piensan que lo puede haber encontrado en el Romancero o en libros de caballería o en fuentes islámicas, o ser un método de diversión para la vida espiritual. Finalmente, no faltan quienes creen que se ha inspirado en la Biblia, principalmente en Jn 14,2 o Ap 21-22. Cf. C. CUEVAS, “El significante alegórico en el «Castillo» teresiano”: *Letras de Deusto* 12 (1982) 77-97; J. M. PRIETO HERNÁNDEZ, “Los orígenes de la alegoría del castillo teresiano”: *Teresianum* 42 (1991) 585-698; M. IZQUIERDO SORLI, *Teresa de Jesús. Una aventura interior. Estudio de un símbolo* Ávila, 1993, p. 42-43.

Yo pienso que el primer golpe de inspiración se halla en Vida 40.5. Es probable que el segundo fuera un castillo de amores, saltando en seguida la imagen a contextos bíblicos, como el Paraíso del Génesis, la ciudad del Apocalipsis, en donde se encontrarían las moradas de Juan 14,2. Esas imágenes más globales se concentrarían en estancias más reducidas: la bodega del Cantar, el cenáculo, el sepulcro de Cristo, la tierra prometida. En realidad no se trataría de una imagen, sino de un conjunto de ellas de aspecto bíblico-cristológico que desarrollan el relato: la búsqueda del Amado (Cantar, evangelios). Existen otras imágenes no religiosas que ayudan al engarce de las primeras, pero son muy secundarias. Cualquier interpretación cuyo eje no sea lo bíblico cristológico está condenada al fracaso, y no logrará dar razón ni del contenido de las *Moradas* ni de de su desarrollo literario.

bién la idea de descanso, y el dominio de las fieras. Contactos, sin duda, con los libros de Génesis, Éxodo, Deuteronomio y Salmos. Por este texto resulta claro que cuando habla de “culebras y cosas emponzoñosas” en 2M 1,2, se está refiriendo a Lv 11,29,33<sup>18</sup>. La alusión al dominio de las fieras probablemente connote Gn 1,26 y a Marcos 1,13, Adán y Jesucristo dominando las fieras. El hombre que surge de *Las Moradas* terminará también sometiendo a las fieras. La teología teresiana no es ajena a este dato (CV 19,4)<sup>19</sup>.

## II. HACIA EL ABISMO LUMINOSO DEL YO

### 1. *Fijos los ojos en Cristo (1ª Morada)*

Por vivir el ser humano desligado de Dios, la luz que deslumbra su interior apenas emerge (1M 2,14). Tales personas se desconocen, ignoran su propio origen y sentido. Teresa las invita a hacer el recorrido del ciego de nacimiento (1M 1,3)<sup>20</sup> del evangelio de Juan. En efecto, Juan recuerda que Jesús le untó barro en los ojos, hecho con su saliva. Aquel ungüento era expresión de su Humanidad. Jesús le curó con ella, con su ser de encarnado. Y el ciego vio sus luminosidades, e hizo la confesión plena de Jesús ofrendándole siete títulos (Jn 9,1-41)<sup>21</sup>.

Sólo así podía mirarle como recomienda Teresa (1M 2,11), que comienza esta morada rememorando a Hebreos: “Fijos los ojos en Cristo” (1M 2,11)<sup>22</sup>, para dirigirse como redimidos por él (1M 2,4), substrayendo previamente la oscuridad que entenebrece y enfea el cristal del alma (1M 2,4), hacia el centro del yo, lugar del tesoro, donde se ocultan la fuente (Gn 2,6), el sol (Ap 21,23 y el árbol 1M

<sup>18</sup> S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la palabra*, o.c. p. 254.

<sup>19</sup> “¿No es linda cosa que una pobre monja de san José pueda llegar a señorear toda la tierra y elementos?”. Y a continuación alude a san Martín que dominaba el fuego y las aguas y san Francisco las aves y peces, etc.

<sup>20</sup> Jn 9,2-3.

<sup>21</sup> Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *Evangelio de Juan*, o.c. p. 208-227.

<sup>22</sup> Hb 12,2.



2,1-3. (Gn 3,22; Sal 1,3; Ap 2,7; 22, 1-2)<sup>23</sup>, es decir, el Jardín del Génesis, el Paraíso del Apocalipsis o el Río de agua viva, del Génesis, Salmos y Apocalipsis<sup>24</sup>.

Pero este camino sólo lo podrá realizar después de que Jesús le haya rehabilitado como al paralítico de la piscina de Betesda, que recuerda Teresa (1M 1,6-8)<sup>25</sup>. Al igual que aquél, el alma emprende el nuevo éxodo hacia los torrentes de Cristo, que Juan rememora (7,37-39) y también Teresa (7M 2). El camino se dirige al lugar del embrujo donde vibra el corazón (1M 1,8). Cristo quiere realizar otra vez una historia tan bella como la de Pablo o la de Magdalena (1M 1,3), a quienes alude aquí la Santa, dando muestras de la cristopatía que la aflige ya en los albores de *Moradas*.

Finalmente, el propio conocimiento, característico de esta morada, lo descubre en el de Dios, que reverberó en Cristo: “mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes” (1M 2,9)<sup>26</sup>; texto que evidentemente Teresa predica de Jesús. El lector podrá percibir cómo no se trata de citas bíblicas. Estas alusiones a la Biblia forman un verdadero entramado, en el que tienen que enhebrarse los otros contenidos de reflexión o de aspectos místicos recibidos de la tradición espiritual. En el fondo ella está convencida de que su experiencia repite la historia evangélica<sup>27</sup>.

<sup>23</sup> En 1M 2,2 identifica el árbol con el del Salmo 1,3.

<sup>24</sup> Parece que en Teresa se generan estas estructuras a base de diversas asonancias de los libros bíblicos. Estructuras que brotan de su pensamiento. Esto ocurre con poca frecuencia a los grandes creadores. Así, cuando hable de “este árbol de vida” (1M 2,1), cf. 1M2,2) puede referirse a Gn 3,22, Sal 1,3, Apc 22,1-2. Apc 2,7. Jr 17,8 y Ez 17,5-8 parece que están más distantes. Todos estos textos configuran el ser del alma, que en estos primeros momentos de *Moradas* está comparando con el jardín del Génesis. Es probable que en algunos casos Teresa no perciba en su totalidad los conjuntos bíblicos; pero nos basamos en la objetividad del texto, además de tener siempre presente cuando existe, la intencionalidad expresa de su autora.

<sup>25</sup> Jn 5,2-8.

<sup>26</sup> Socratismo esencialmente cristológico. Conócete a ti mismo desde Cristo o, mejor, en Cristo.

<sup>27</sup> Cf. S. CASTRO, “El entramado bíblico de las *Moradas* teresianas”: Revista de Espiritualidad 69 (2010) 86.

## 2. Rumores de perfumes de presencia (2ª Morada)

Se perciben por primera vez las voces de Dios (2M 1,2), y el seguidor de segundas moradas se deshace por obedecerlas. Como advertirá Teresa no se trata de palabras sobrenaturales, sino de la percepción que tiene el alma de que a través de los acontecimientos aparentemente normales de la vida, Dios nos habla y nos llama<sup>28</sup>. Pero, por otra parte, se levantan los gritos del mundo que le reclaman. En este escenario se produce una lucha atroz. Entonces comprende la advertencia del evangelio de que sin él no podemos hacer nada (2M 1,6)<sup>29</sup>, pues de otro modo sería construir la casa sobre arena (2M 1,7)<sup>30</sup>, rememora nuestra autora. Ante esta perspectiva suplica al Señor que por su sangre derramada por nosotros (2M 1,9) nos arrastre hacia sí. En el párrafo final de esta morada se halla la raíz de la misma. Es un texto de gran intensidad y concisión crística, al que se le añade una súplica vibrante, configurada con tres citas evangélicas, otras tantas luminarias, que deslumbran de Cristo la morada. El grito teresiano se modula así: “Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su servicio” (2M 1,12). De nuevo el mirar a Jesús, tan teresiano, que ya apareció en la primera morada, y que veremos en la séptima (4,9). Un mirar para ser inmantados y ser remirados<sup>31</sup>.

El grito concluye con una plegaria compuesta con tres pasajes evangélicos, dos de Mateo y uno de Marcos: “Plega al Señor nos de entender lo mucho que le costamos, y como no es más el siervo que el Señor, y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para

<sup>28</sup> No se ha puesto de relieve la profundidad de esto, acaecido ya en la segunda morada. Teresa se limita a dar cuenta de este hecho, pero, sin duda, se trata de una acción del Espíritu, que apenas el ser humano se ha mirado interiormente, ha salido con su luz para iluminar el camino o quizás más que iluminar el camino es el don de una nueva sensibilidad por la que le llega la vibración de Dios en todo: el don de sabiduría

<sup>29</sup> Jn 15,5.

<sup>30</sup> Mt 7,26-27. Cf. S. CASTRO, “El entramado bíblico...”, *o.c.* 88.

<sup>31</sup> “Fija Dios a sí mismo en lo interior de aquel alma de manera que cuando torna en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella” (5M 1,9).

esto nos es necesario orar para no andar siempre en tentación” (2M 1,12). El primero de Mateo (10,24) quiere decir que el discípulo tiene que pasar las mismas penalidades que su Señor. El siguiente, también de Mateo, contempla a Jesús en Getsemaní exhortando a sus discípulos a la plegaria (26,41). La oración, que ha surgido como nuevo estilo del alma en esta morada, es esencial para no sucumbir a esas tentaciones que la atormentan; es el clamor de Jesús, que también en esos momentos ora. Finalmente, el texto de Marcos (10,17) nos pone delante a aquel personaje que le preguntaba sobre cómo conseguir la vida eterna. Aquí sólo lo insinúa, en terceras moradas será el emblema del alma. Pero no olvida Teresa advertir al discípulo que la cruz del Señor debe ser abrazada por quienes tienen la única pretensión de encontrarle (2M 1,7).

La alusión al hijo pródigo (2M 1,4)<sup>32</sup>, a los Zebedeos (2M 1,8)<sup>33</sup>, y a la paz ofrecida en el Cenáculo (2M 1,9)<sup>34</sup>, muestran las actitudes y sentimientos cristológicos que deben impregnar al alma en su camino oracional en esta morada. Así, espera Teresa que el Señor la conduzca hasta la tierra<sup>35</sup> de promisión, que a tenor de su discurso es la morada de Cristo, donde se encuentra todo, y que está en nuestro interior, donde resplandece el Resucitado. Por consiguiente, la “tierra (de promisión)” es otro elemento constituyente del yo. No hace falta advertir que el texto está plagado de citas y alusiones bíblicas. *Las Moradas* son un éxodo cristológico. Es evidente que ya en estos primeros pasos se percibe la Biblia como elemento configurante del proceso. Dos categorías aparecen aquí, como acabamos de recordar. La de éxodo y la de seguimiento. Al entender *Las Moradas* como una marcha, Teresa interioriza la Biblia, convierte el alma, el castillo, en la tierra santa, que como los hebreos han de recorrer ahora los cristianos. Teresa conjunta así, el recogimiento y su percepción bíblica<sup>36</sup>.

<sup>32</sup> Lc 15,16. Cf. S. CASTRO, “El entramado bíblico”, o.c. 88.

<sup>33</sup> Mt 20,22.

<sup>34</sup> Jn 20,19-21; Lc 24,36; Mc 9,50.

<sup>35</sup> La Santa sólo escribe tierra (2M 1,9), pero es evidente que, como señaló Gracián, se refiere a la tierra de promisión; cf. 6M 5,9

<sup>36</sup> Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la Palabra*, o.c. p. 254-255.

### 3. “*Caminar aprisa por ver a este Señor*” (3ª Morada)

La figura evangélica, que marca el sentido de las personas que ocupan este espacio, es la del joven al que llamó Jesús y no le respondió a causa de sus muchas riquezas, en las que tenía preso el corazón: el joven rico. “Desde que comencé a hablar en estas moradas le traigo delante” (3M 1,5)<sup>37</sup>, dice Teresa.

La llamada de Jesús se dirige a todos, pues la perfección de que habla Mateo se refiere a ese complemento final que pone el NT sobre el Antiguo. La enseñanza de Jesús sobre las riquezas incumbe, pues, también a todos sus seguidores, aunque las formas de llevarla a cabo sean diferentes. Posiblemente en este caso se trataba de alguien a quien llamaba al estilo de los Doce<sup>38</sup>. Teresa ha captado bien el contenido del texto, dándole un sentido universal, igual que a sus *Moradas*, como se infiere de no pocos pasajes (3M 1,5; 2,3-6; 7M 2,10).

Las terceras moradas nos sitúan, pues, en el camino del seguimiento de Jesús. La alusión a dejar las redes de San Pedro (3M 1,8)<sup>39</sup>, afianza todavía más esta idea. Es la respuesta natural a lo que él hizo por nosotros. Un texto teresiano al respecto fija la orientación que ella da al seguimiento de esta morada: “Que podemos hacer -dice- por un Dios tan poderoso, que murió por nosotros y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo le debemos por lo que nos ha servido..., que no hizo otra cosa todo lo que vivió en este mundo” (3M 1,8)<sup>40</sup>. El pasaje es riquísimo. Teresa pone antes de la creación, la muerte del Señor y comprende la vida de Cristo como puro servicio. Quizás efectúe este cambio -pasión antes que creación- para llamar más la atención de

<sup>37</sup> Mt 19,16-22.

<sup>38</sup> Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*, Madrid-Bilbao, 2008<sup>2</sup>, pp. 271-280.

<sup>39</sup> “Y dejamos todas las cosas del mundo y lo que teníamos, por Él (aunque sea las redes de san Pedro)” [Mt 4,18-20; 19, 27]; cf. Además 3M 2,4 (Mt 19,21).

<sup>40</sup> Curiosa la palabra servicio. Hoy, un tema cercano para describir a Jesucristo y al cristiano. También en esta perspectiva cristológica Teresa es actual.

quien emprende el camino de terceras moradas, de que el texto es cristológico<sup>41</sup>.

Y enseguida nos invitará también a la “desnudez” y “dejamiento” de todo (3M 1,8), palabras que resuenan a aquellas con las que Jesús fija las condiciones del seguimiento (Mc 8,34-38), y a cuanto hicieron los primeros llamados como reflejan los evangelios (Lc 5,11)<sup>42</sup>. E invitándonos a la humildad recuerda aquí la enseñanza del Señor, que nos advierte de que, después de haber hecho todo, nos tengamos por siervos sin provecho, inútiles (3M 1,8)<sup>43</sup>, y siempre dependientes de él (3M 1,8)<sup>44</sup>.

La invitación de Teresa, pues, es a un seguimiento pleno y decidido, con la mirada una vez más puesta en Jesús. Escribe: “Nosotras de sólo caminar aprisa (apriosa) por ver este Señor” (3M 2,8)<sup>45</sup>. Ese aprisa señala sin reservas la modalidad de seguimiento que ella quiere imprimir, y para ello ninguna actitud mejor que la que adoptó Tomás, apóstol de Jesús, cuando invita a sus compañeros a subir a Judea a morir con Él (3M 1,2)<sup>46</sup>.

Pero enseguida observará que la mejor forma de seguimiento hasta morir con Jesús se halla en el cumplimiento de la voluntad de Dios (3M 2,6). Y aquí la referencia de Teresa es a Getsemaní (Lc 22,42) y posiblemente también al Padrenuestro (Mt 6,10).

<sup>41</sup> Cf. CC 15. Hasta 1571 la realidad entera de Dios se concentraba en la figura de Jesús. Por esto en este texto tenemos la impresión de que Teresa procede mediante una cristología desde abajo. Desde Cristo asciende a Dios.

<sup>42</sup> Cf. S. CASTRO, *El Camino de lo inefable*, o.c. p. 239.

<sup>43</sup> Lc 17,10.

<sup>44</sup> Lc 12,48. Curiosamente recuerda aquí Teresa “unos trabajos interiores que tienen muchas almas buenas, intolerables y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia” (3M 1,5). Se trata de un regalo anticipado de la noche oscura, con el que el Señor acelera el seguimiento.

<sup>45</sup> Solamente en Marcos se dice que el rico “corrió” al encuentro del Señor (Mc 10,16). Según algún intérprete esta actuación procedía de las inquietudes de conciencia que le atenazaban. Teresa habla de ir aprisa detrás del Señor después de haber aceptado su llamada.

<sup>46</sup> Jn 11,16.

Tal observación viene muy bien a estas personas de terceras moradas que se han imaginado y así tratan de vivirlo, un cristianismo organizado, -concertado-, lo denominará ella (3M 1,5). La voluntad de Dios no pocas veces desconcertará este concierto. Pero ellas, no descubrirán su presencia por estar todavía muy ligadas a la mundanidad. La cita bíblica encaja perfectamente en este lugar, porque nos hace ver que también el Padre, con la permisión de la crucifixión de Jesús, desconcertó el proceso mesiánico (Mc 14,36). Se entiende, por esto, que Teresa pida al Señor que pruebe a estas almas para que se conozcan a sí mismas (3M 1,7).

Una vez más la Santa ha enmarcado otra morada en Jesús. Todo surge de contemplarlo y de ver lo que ha hecho por nosotros. Su entrega y el cumplimiento de la voluntad del Padre, avivan en el sujeto de terceras moradas el anhelo de seguirlo, más aún, de ir a morir con Él, y no adoptar la actitud del joven rico, discerniendo nuestros más ocultos apegos y rindiendo nuestro corazón sólo a aquel que “murió por nosotros, y nos crió y da ser..., y que nos ha servido..., que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo” (3M 1,8). “Con estas disposiciones se asume el seguimiento del Señor a fondo, el evangelio toca la raíz de la persona, obligándola a confrontar sus actitudes con las de Cristo”<sup>47</sup>. A esta morada pertenece el recogimiento adquirido, al que aludirá brevemente al comienzo de la siguiente. Por seguir el ritmo de la Santa también nosotros lo trataremos allí. Bástenos sencillamente decir aquí que ese recogimiento es una fijación del corazón y del alma en la persona de Jesús. Una morada más, trasvasada por la presencia del Señor y la luz de su evangelio.

#### 4. *Los silbos melodiosos del Pastor y sus fuentes tranquilas (4ª Morada)*

Teresa abordará en esta morada la oración de recogimiento infuso y de quietud<sup>48</sup>. Aunque primeramente se referirá a la oración de reco-

<sup>47</sup> S. CASTRO, *El Camino de lo inefable*, o.c. p. 116.

<sup>48</sup> Nota explicativa. Los capítulos segundo y tercero están un tanto entremezclados. Por eso los estudiaremos juntos comenzando por la primera parte del tercero. Teresa describe primero la oración de quietud (cap 2), pero al comenzar el tercero dirá que antes de la quietud se da una oración que se

gimimiento adquirido (4M 1,4-6; 2,2-3). Todas ellas no son más que experiencias cristológicas como veremos enseguida.

El recogimiento adquirido lo aborda aquí de paso. En realidad este grado oracional, lo acabamos de decir, pertenece a la sección anterior, a las terceras moradas. Aquí se limita a determinar su contextura, sin detenerse en el análisis interno. Habla de él en *Vida y Camino*, donde el centro del mismo es Cristo (V 12.2-3; CE 47,1; cf 48,3). El orante fija su mirada y su corazón en la persona de Jesús, en cuyas profundidades termina siendo atrapado. Unas breves referencias nos bastan para comprenderlo. “Puede representarse delante de Cristo -enseña Teresa- y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo” (V 12,2). Para terminar en aquel momento en el que el recogimiento alcanza su cumbre: “Se esté allí con Él. Acallado el entendimiento. Si pudiese, ocuparle en que mire que le mira” (V 13, 22)<sup>49</sup>.

Pero el estilo oracional que caracteriza a estas moradas son la oración de recogimiento infuso y la de quietud, que estarán estrecha e íntimamente entrelazadas por las referencias cristológicas a que se refieren.

En efecto, el recogimiento lo narra Teresa en un texto precioso del que ella misma se siente orgullosa. Después de describirlo, comentará: “Páreceme que nunca lo he dado a entender como ahora” (4M 3,3)<sup>50</sup>. Pero vayamos ya al texto mismo: “Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia, quiérelos tornar a él y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene

denomina recogimiento (3,1-8); cf. CC 58,3. La describe y continúa después con los efectos de la oración de quietud (3,9ss), de la que habló en el capítulo 2.

<sup>49</sup> “Nos mira y le miramos, y en ese mirar, los ojos se hacen instrumentos que traen el agua y la llevan. Traen la vida de Cristo y le llevan nuestros deseos de más agua. Empezamos a tener sed de él, y nuestros ojos, ansias de su luz, de ahí ese mirar teresiano, que termina por acallar el entendimiento” (S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la Palabra*, o.c. p. 94-95).

<sup>50</sup> Cf. CC 58,3 para ver la diferencia.

tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo<sup>51</sup>”.

El texto remite a Juan, al pasaje del Buen Pastor (10, 1-21), y posiblemente a Gálatas 2,20. El Rey, que está en la morada central, ahora se hace pastor<sup>52</sup>. No podemos olvidar que el Rey-Pastor de ahora, es aquel Cristo resucitado que Teresa contempló en *Vida* 40,5. Teresa sigue impecable la unidad cristológica del relato. Todo surge de ese interior donde ella vio al Señor llenándolo de luz. El Rey-Pastor llama a sus ovejas con un silbo, que les da a conocer su voz. Y aquí habría que recurrir al evangelio de Juan (10,3-4.14ss). Ese conocimiento de la voz remite al conocimiento de la persona. Conocer en la Biblia implica siempre el corazón. El entendimiento no ha terminado su función hasta que no se ha dejado penetrar enteramente por el corazón. “Hay más que una simple analogía entre el conocimiento que Jesús tiene de sus ovejas y éstas, de Jesús, cuando él lo compara con la relación que él tiene con el Padre, porque el amor del Padre y del Hijo es la fuente misma del conocimiento y del amor de Jesús y los suyos”<sup>53</sup>.

Teresa hablará de ese silbo<sup>54</sup> que conduce a la voz. Esa voz es portadora de una llamada. Se trata indudablemente del seguimiento al que se refiere Juan. Teresa ya nos había hablado del seguimiento en las terceras moradas, que indudablemente coincide con el seguimiento de Jesús de que nos hablan los sinópticos; éste, al que ahora

<sup>51</sup> “Recogimiento infuso es inmersión en la *doxa* del Resucitado. Teresa no dudará en compararla junto con la oración de quietud, que le sigue, con la experiencia apostólica de la Transfiguración del Señor (V 15,1; CV 31,3)” [S. CASTRO, *El Camino de lo inefable*, o.c. p. 179].

<sup>52</sup> “Dios-Pastor se integra con Dios-Rey: el fondo bíblico está claro, no es simple comparación. Y así, lo que por el lenguaje de Osuna, Laredo, etc., no acierta a decir, lo expresa por esta parábola bíblica total vétero-nuevotestamentaria” (J.V. RODRÍGUEZ, *Castillo interior*, o.c. p. 79).

<sup>53</sup> S. CASTRO SÁNCHEZ, *Evangelio de Juan. Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2008, p. 194. Cf. Ib. *Evangelio de Juan. Comprensión exegetico-existencial*, Madrid-Bilbao, Desclée, 2005, p. 234.

<sup>54</sup> Sobre el silbo y su sentido místico cf. J. MACLEAN, *Comentario al Castillo interior de Santa Teresa de Ávila*, Burgoa, 2005, p.199-200.



nos estamos refiriendo, tiene parecidos con el de Juan, al que los autores sitúan en estadios superiores. Posiblemente la Santa desconocía estas disquisiciones, pero su fina intuición bíblica le permitía situar los textos de manera certera.

Y al igual que las ovejas se recogen en torno a Cristo, ahora lo harán los sentidos. Se acercan a él metiéndose en el castillo<sup>55</sup>. No llegan a la morada principal, pero ya están en el ámbito de Cristo, no digo redil, porque Juan se opone a usar esta palabra (10,16)<sup>56</sup>, por la gran libertad y anchura de ser que allí se produce. Esto hace que las cosas exteriores no les digan nada y corran presurosos a Cristo: “Desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo” -dice Teresa triunfante- (3M 3,2). Veamos ahora a dónde los conducen los silbos amorosos del Pastor.

El siguiente grado oracional de estas cuartas moradas se refiere a la oración de quietud, que Teresa describe de esta manera: “Estotra fuente, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón -digo en su principio, que después todo lo hinche-, vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo” (4M 2,4). Teresa aquí no hace ninguna alusión bíblica, pero el tema del agua siempre lo refiere al relato de la Samaritana (Jn 4, 1ss) o a las palabras de Jesús en la fiesta de las tiendas (Jn 7,37-39). En ambos se hace alusión al crecimiento del agua hasta desbordar. Los dos relatos están íntimamente correlacionados en el evangelio de Juan. El último estadio del agua viva se convierte en la proclamación de Jesús, en la solemnidad de los Tabernáculos, en el Espíritu Santo que recibirán de él los creyentes.

El contenido de la experiencia teresiana hay que relacionarlo más bien en este momento con el agua de la Samaritana (Jn 4, 1ss).

<sup>55</sup> Así Teresa cristologiza el recogimiento. Esto reviste un gran significado. Piénsese que el problema en la mística acerca de la Humanidad de Cristo comenzaba aquí cuando para dar paso a la contemplación había que prescindir de toda imaginación corpórea (V 22; 6M 7).

<sup>56</sup> “Y escucharán mi voz: y habrá un solo rebaño, un solo pastor”

Conviene no olvidar que ya dijimos, hablando de las primeras moradas, que entre las realidades que Teresa detectaba en el centro del yo había una fuente, que allí identificábamos con Cristo. La fuente ahora se desborda e inunda toda la persona. Esta misma fuente la veremos en sextas moradas (5,3) convertida en mar, donde apenas consigue bogar la navecica del alma por la impetuosidad de las olas, que más adelante se convertirán en un abismo donde quedará totalmente sumergida (7M 2,8).

No es necesario decir que en ese centro donde surge ahora el manantial ha situado Teresa a Cristo (7M 2,2-3). Cristo, pues, es la fuente que inunda todo el ser. Cristo es el agua de la oración de quietud, y de la que brota incontenible en el sueño de las potencias (V 16,1)<sup>57</sup> de la que dice Teresa que es un poco más que la oración de quietud (4M 3,11). Crece el pozo de la Samaritana, que se hará una fuente que llega hasta niveles de vida eterna, crece el seno del cristiano inundado por los torrentes de Cristo. Quizás esto es lo que se quería decir en el libro de los Números en el famoso canto del pozo, y que según algunos expertos se halla al fondo del relato de la Samaritana: “Entonces Israel entonó este Cántico: ¡desborda, pozo! Cantadle” (Nm 21,14).

Así el Rey-Pastor como el del salmo 23 ha conducido su rebaño a las fuentes tranquilas<sup>58</sup>, que son él mismo, ha llevado a sestar y abrevar a sus ovejas a sí mismo<sup>59</sup>. Pero otra experiencia de esta mora-

<sup>57</sup> “La oración de este tercer grado se clarifica por el sentido de primavera que se presiente en el río, fuente y primavera. Tres palabras que rememoran muchas escenas bíblicas. Bastaría recordar del Antiguo Testamento a Ezequiel y al Cantar, y del Nuevo a Juan y el Apocalipsis. El agua empieza a desbordarse e invade el templo, y las flores comienzan a brotar en nuestra tierra (Ct 2,12). El alma se siente ebria a causa de la embriaguez de la voluntad, y la luz que invade al entendimiento. La mística anega, pero el alma no se pierde en una inmensidad que no deja hacer pie, la experiencia teresiana se sumerge en el Resucitado, es por ello personal y dialogal” (S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la Palabra*, o.c. p. 98).

<sup>58</sup> Sobre el posible sentido nupcial de esta agua cf. G. TANI, *Il “Castello Interiore” di Santa Teresa d’Avila. Un’interpretazione simbolica*, Milano, 1991, p. 66.

<sup>59</sup> “Esta doble experiencia oracional es un precioso comentario vital al salmo 23 y al pasaje joaneo del Buen Pastor (cap. 10). Ciertamente que en ambos lugares la experiencia va más allá de este tipo de mística. Teresa es conscien-

da nos hará descubrir que el Rey y el Pastor se convierten en el Esposo del alma. Así ella al igual que Juan siembra de títulos cristológicos sus relatos. Oigámosla: “Entiende una fragancia -digamos ahora- como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes” (4M 2,6). Son los perfumes del novio del Cantar: “¡Qué suave el olor de tus perfumes/ Tu nombre, aroma penetrante” (Ct 1,3). También estos perfumes se sentirán con más intensidad en sextas moradas. Teresa entiende la mística de cuartas moradas como melodía que arroba los oídos, (silbo), agua que refresca y sacia el corazón y perfumes que subyugan y extasían.

5. “*Ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor*” (V 16,3) 5ª Morada

La experiencia de unión consiste desde el punto de vista psicológico en que Dios ya no sólo se hace presente en el entendimiento (recogimiento), ni sólo en la voluntad (oración de quietud), sino que llega a la fantasía y absorbe también las otras dos facultades (5M 1,4). El hombre queda profundamente centrado en lo divino. En fin, con frase de Teresa es como quien “ha muerto al mundo para vivir más en Dios” (5M 1,4).

La Santa describe esta oración como una mirada de Dios sobre el alma, mirada fija, arrebatadora, penetrante, que ya nunca se puede olvidar, de ensueño divino: “Fija Dios a sí mismo en el interior de aquel alma”, -afirma- (5M 1,9). Que esta mirada de Dios sea la de Cristo, se evidencia, porque aludirá a ella en las sextas moradas y allí la identifica con la del Señor. Así el Señor recoge todas las potencias del hombre en él. Es una mirada que enamora: “un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener estando en el cuerpo, deleitosa” (5M 1,4). Y todo esto está aconteciendo en lo profundo del ser, que ella denomina la bodega del Cantar (5M 1,13)<sup>60</sup>, y el cenácu-

te de ello, por eso tanto la imagen del agua como la de los perfumes las retrotrae y las volverá hacer aparecer en sextas moradas con una potencialidad inmensamente mayor. (6M 2,4; 5,3)”. [S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la palabra*, o.c., p. 274).

<sup>60</sup> Ct 2,4; “Y dice también que andaba buscando a su amado por una parte y por otra (Ct 3,2)” [5M 1,13].

lo, donde se hizo presente Cristo resucitado, cerradas las puertas (5M 1,13)<sup>61</sup>, o el sepulcro del resucitado (5M 1,13)<sup>62</sup>. No sólo cristologiza la bodega, también lo hará con la misma experiencia de la morada ayudándose de la figura del gusano de seda y su proceso. Dice: “Comienza a labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo u en Dios -que todo es uno- o que nuestra vida es Cristo” (5M 2,4)<sup>63</sup>. Y así Cristo mismo se convierte en nuestra morada: “Que Su Majestad mismo sea nuestra morada” -añade- (5M 2,5).

Teresa ahora se para un momento a considerar los deseos de apostolado que están surgiendo de esta alma, y salta a los de Cristo así como a sus sufrimientos por las ofensas que se hacían a su Padre, que ella juzga que serían más atroces que los de su misma Pasión (5M 2,14).

La unión mística o regalada, como la llama también, tiene otra correlativa, que puede ser de mucho consuelo para aquellos que creen que en su vida no se ha dado la experiencia mística. Se trata de la unión de voluntad (5M 3,7)<sup>64</sup>, que a juicio de Teresa produce la misma densidad religiosa que la otra, y que es la que ofrece mayor seguridad (5M 3,3). Y ahora nuestra mente se dispara a la otra Teresa, a la de Lisieux.

Hay aquí (5M 3,7) un recuerdo de la famosa oración sacerdotal (Jn 17,22) y de la petición del Padrenuestro (Mt 6,9) y de la acepta-

<sup>61</sup> Ct 1,3; Jn 20,19.26.

<sup>62</sup> “Finalmente, confesará que la meta a donde se dirigen las quintas moradas es la cristificación: «Pues crecido este gusano..., comienza a labrar la seda y a edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí que es Cristo» (5M 2,4). La persona se está haciendo otro Cristo, por eso el Padre le regala con los mismos dones que al Hijo. «Da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo» (5M 3,7)” [S. CASTRO, *El Camino de lo inefable*, o.c. p. 81].

<sup>63</sup> Col 3,3-4.

<sup>64</sup> En la unión de voluntad según Teresa consiste la perfección evangélica (Mt 5,48), que es lo mismo que Jesús pidió al Padre para nosotros: que fuéramos uno con él y con el Padre (Jn 17, 22) [5M 3,7].

ción de la voluntad de Dios por parte de Jesús a lo largo de los evangelios, pero sobre todo en Getsemaní (Mc 14,36).

Esta unión se resume para Teresa principalmente en el precepto del amor, en la doble línea de la primera Carta de Juan<sup>65</sup>, deteniéndose largamente en su explicación. Podíamos concluir su pensamiento con estas palabras: “Si entendiéis lo que nos importa esta virtud -la caridad fraterna-, no traeráis otro estudio” (5M 3,10). Y curiosamente, nos recuerda aquí la oración sacerdotal en la que Jesús pide al Padre la unidad de los suyos (5M 3,7)<sup>66</sup>.

Finalmente, comienza a orientar el discurso por la imagen del matrimonio, de claro signo bíblico, sobre todo del Cantar: “Ya tendréis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente” (5M 4,3). En el estado presente no tendrá lugar todavía lo que Teresa denomina desposorio (6M), ni matrimonio (7M); se trata del primer encuentro que produce el enamoramiento (5M 4,4); “vengan a vistas” (5M 4,4). Es la preparación inmediata para el desposorio y éste tiene como término de referencia a Jesucristo. La morada entera, pues, en todos sus extremos, se asienta en él<sup>67</sup>.

<sup>65</sup> 4,7-21.

<sup>66</sup> 17,21-22. De esta forma Teresa fija la mística individual en una dimensión comunitaria. La raíz de la mística es el amor cristiano. “Ya hemos dicho que esta oración está orientada a que nuestra voluntad se haga una con la de Dios; ahora bien, la voluntad de Dios se identifica según el pensamiento teresiano con el camino que nos enseñó Jesucristo. La gracia de unión tiene como meta la transformación del ser humano en Jesucristo; llegar a tener sus mismos sentimientos” (S. Castro, *Cristología teresiana*, o.c. p. 103).

<sup>67</sup> “He escrito en otro lugar, hablando de la cristología teresiana, que en quintas moradas es donde es más difícil precisar que la experiencia recaiga en la Humanidad de Cristo. Pero cada vez que estudio el tema me voy distanciando algo de esta primera opinión. Es cierto que al unirse todas las potencias, la persona queda sin punto de referencia para desde allí describir lo que le está pasando. También es verdad que es cuando la experiencia es más abstracta. En el libro de *Vida* lo dice ella expresamente y con gracejo (V 18,14). Pero no es menos cierto que las figuras, símbolos o imágenes que recurren en esta morada, son de una gran densidad o, mejor, de raíz puramente bíblica” (S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la Palabra*, o.c.278-279)

## 6. *Fulcite me floribus* (6ª Morada)

Las sextas moradas ocupan ellas solas tantas páginas como las restantes juntas. Esto deja entender la importancia que para Teresa tuvo este período de la vida espiritual. En ellas aborda el tema del desposorio, que a estas alturas de la reflexión no hace falta señalar que tiene lugar con la persona de Jesús, el Cristo resucitado.

Tres capítulos por entero están dedicados a él. El siete aborda el sentido de su Humanidad en la vida espiritual. Tema polémico entonces. Ella apoyada en su experiencia, en textos de la Sagrada Escritura<sup>68</sup> y en el testimonio de los santos<sup>69</sup> adoptó una postura radical. Teresa afirmará sin reservas que Jesucristo en su Humanidad y Divinidad es la fuente de la mística. Su presencia debe ocupar todos los espacios de la vida espiritual (6M 7,15).

Se trata de un capítulo clave. En él Teresa expone el criterio desde el que deben ser leídas *Las Moradas*. Esto mismo lo hizo para el libro de la *Vida* con el capítulo 22 del mismo. No es posible exponer aquí todas sus implicaciones y riquezas. Remito a mis estudios más amplios<sup>70</sup>. En estos momentos me fijaré sólo en su sentido esencial.

La raíz del pensamiento teresiano al respecto se halla en que no es posible disociar en el proceso de la salvación la Humanidad de la Divinidad del Señor. Jesucristo desde su encarnación es uno. Precisamente es lo que no tenían en cuenta aquellos contra los que polemiza santa Teresa, que movidos por una visión griega de la mística pensaban que lo humano, con sus formas y figuras, debe ser trascendido en el acto de la contemplación. Teresa no parte de una visión previa de la mística, sino de la realidad de Jesucristo. Y observa y sabe que la Humanidad del Señor es fuente de mística. Es Jesucristo quien debe condicionar el ser de la mística y no al contrario.

<sup>68</sup> Jn 14,6; 8,12; 14, 9. “En esta argumentación tiene un puesto singular la Biblia, principalmente se sirve del evangelio de Juan. En la *Autobiografía* lo ha hecho más bien desde la tradición sinóptica, con algún recuerdo también de Juan” (S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Fulgor de la Palabra*, o.c. p. 295).

<sup>69</sup> 6M 7,6.

<sup>70</sup> S. CASTRO; *Cristología Teresiana*, o.c. p. 294-382; *Ser cristiano según santa Teresa*, o.c. p. 93-142; *El Camino de lo inefable*, o.c. p. 153-195; *El Fulgor de la Palabra*, o.c. p. 294-300.

Ella está convencida de que desde la Escritura y la experiencia de los santos no es posible disociar la realidad de Jesucristo. Y también que mientras nosotros podamos, en la meditación-contemplación no debemos apagar la figura de Jesucristo para quedarnos en vacío, o en la contemplación de la divinidad.

Este capítulo pone de relieve que toda la espiritualidad teresiana tiene como relación inmediata a Jesucristo, Hombre-Dios. Desde ahí asciende a la Divinidad y a la Trinidad. La Humanidad de Cristo no se apaga nunca en este proceso.

Con este modo de proceder Teresa centra la mística en Cristo y logra que la mística sea esencialmente cristiana. Por eso, es un error comprender a Teresa desde la mística universal. Ella, sin saberlo quizás, se separó de la misma. Probablemente sólo con ella la mística logró ser plenamente cristiana.

En los capítulos ocho y nueve confirmará estos asertos haciendo ver cómo Jesucristo a través de visiones intelectuales e imaginarias llena de luz y de vida el camino místico. Estos tres capítulos fundamentales fijan la estructura crística de las sextas moradas.

A ellos habría que añadir el tercero, que se refiere a las hablas, que junto con las visiones acompañarán su trayecto místico. Aquí en sextas moradas descubrirá que el que le hablaba casi siempre era Cristo (6M 8,2)<sup>71</sup>. El capítulo cuarto narra el desposorio que se realiza con Jesucristo. Los capítulos cinco y seis son derivaciones de la experiencia de desposorio que se expresa en percepciones altísimas de Dios y de la santa misma, que ella va a denominar joyas del Amado (6M 5,11)<sup>72</sup>. Los restantes capítulos, como veremos, quedan transidos de Cristo y tensionados hacia él. Cuando decimos Cristo se incluye siempre su Humanidad.

Dicho esto, veamos cómo se desarrolla el proceso crístico a lo largo de estas sextas moradas. Se ponen en movimiento porque el alma se siente herida por Cristo (6M 1,1). La herida es efecto de aque-

<sup>71</sup> Estas palabras son entendidas “en el Espíritu de verdad” (6M 3,16) [Jn 14,17; 15,26; 16,13].

<sup>72</sup> Esto pone de relieve la actividad del Amado y la pasividad receptiva de la esposa; cf. J. A. ESCOBAR, *Experiencia cristocéntrica de Teresa. De la unión con Cristo a la comunión con el hombre*, Bogotá, 2006, p. 170.

lla mirada que la enamoró en las quintas (5M 1,9); la tensión amorosa cobra aquí un nivel de vértigo por los requiebros, que desde el fondo del ser, donde le hemos contemplado tantas veces, envía el Esposo (6M 2,1). Estos requiebros tan vivos, antes, silbos del Pastor, terminan por convertirse en hablas. “Son -dice Teresa- unas hablas con el alma de muchas maneras” (6M 3,1), alcanzan y penetran todas las zonas del yo, y traspasan el alma como luces incandescentes y amores de fuego. Baste decir que aquella fuente que veíamos en el fondo del yo, ahora se hace mar (6M 5,3).

El alma no resiste tantos ímpetus y cae en profundo arrobamiento. En medio de uno de ellos tiene lugar la alianza de desposorio (6M 4,2). La experiencia se deja sentir de muchas maneras. Una se refiere a las centellas que brotan de aquel centro de los perfumes, que hieren y abrasan en amores de Cristo, purificando y disponiendo para la unión. Desde esta profunda experiencia cristológica extenderá su mirada a la historia de salvación (6M 4,6-7) y comprenderá lo de la escala de Jacob (Gn 28,12) y lo de Moisés en la zarza (Ex 3, 1-6). Como ya dijimos en los capítulos cinco y seis, Teresa recibe experiencias muy intensas, que ella denominará joyas del Esposo (6M 5,11). Una de ellas constituye un gozo muy especial, que se deja sentir en todas las zonas del ser como si todas cantaran un cántico nuevo entre aromas y melodías extrañas (6M 6,10).

A continuación Teresa explicita las visiones intelectuales en las que Cristo está junto a ella sin poderlo dudar; es una presencia que se impone, es más fuerte que ella; en ocasiones la percibirá por espacio de un año, sin interrupción (6M 8,3). En las imaginarias contemplará su figura, pero entre esplendores que no son de este mundo, es la luz del Cristo glorioso (6M 9.1ss)<sup>73</sup>. En medio de éstos el Señor la ascenderá hasta la Divinidad misma, donde verá todas las cosas en Dios y descubrirá la verdad (6M 10,2-3.<sup>6</sup><sup>74</sup>). Pero antes nos hará un resumen

<sup>73</sup> “Estos encuentros de experiencias crecientes de Cristo van transformando a la persona en él. En sextas moradas el protagonismo de Cristo es absoluto. Sus manifestaciones son altísimas y además se producen en cadena. Teresa no da abasto a describirlas” (S. CASTRO SÁNCHEZ, *El Camino de lo inefable*, o.c. p. 182). Cf. 6M 10,1.

<sup>74</sup> Esa verdad le recordará la pregunta de Pilato a Jesús (Jn 18,38), y la invitará a andar en verdad (6M 10,7) [Jn 14,6].



de sus visiones cristológicas: “De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones, algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algún trabajo, otras para regalarse Su Majestad con ella y regalarla (6M 10,1).

Habla también Teresa de una doble noche oscura<sup>75</sup>. Casi todas sus observaciones serán recogidas por san Juan de la Cruz. La primera noche, la del capítulo primero, se referirá a la oscuridad de Dios. Podemos resumirla en estas palabras: “Porque son muchas las penas, que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sentible e intolerable que yo no sé a qué se puede comparar, sino a las que padecen en el infierno porque ningún contento se admite en esta tempestad (6M 1,9). La otra noche le presenta un Dios inalcanzable. Siente deseos indescriptibles, pero no puede llegar a él; una soledad extraña (6M 11,5). Escribe angustiada: “Abrasada con esta sed y no puede llegar al agua y no sed que pueda sufrir, sino ya en tal término que con ninguna se le quitará, ni quiere que se le quite, sin no es con la que dijo nuestro Señor a la Samaritana (Jn 4,7-13), y eso no se lo dan” (6M 11,5). Las sextas moradas tan llenas de luz y de noches, dejan al alma sedienta de Cristo<sup>76</sup>. La cita de la Samaritana lo evidencia.

### 7. Transfiguración pascual (7ª Morada)

El aire de la almena. Y llegamos a las cumbres<sup>77</sup>; al don del matrimonio, al que preceden algunas gracias singulares. Recordamos entre ellas, que el alma alcanza el centro del yo (7M 1,3)<sup>78</sup>, la morada

<sup>75</sup> Cf. S. CASTRO, *El Camino de lo inefable*, o.c., p. 131-151. Aquí abordo la noche oscura en las *Moradas*. Un aspecto prácticamente olvidado por los teresianistas: “Muchos de los elementos teresianos pasarán al pensamiento sanjuanista..., aunque la bibliografía sobre la noche oscura teresiana incomprensiblemente sea prácticamente inexistente, y los tratadistas de la Santa no se detengan en esta faceta espiritual” (Ib., p. 132). Cf. A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo*, o.c., p. 224-234.

<sup>76</sup> Él está al lado de estas almas (Lc 7,44), que se han atrevido a aceptar el cáliz del Señor (Mt 20,22) [6M 11,12].

<sup>77</sup> Cf. A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo*, o.c. p. 246.

<sup>78</sup> Esta experiencia es de una importancia singular. Aquí Teresa descubrió el sentido de la interioridad y del recogimiento. Hasta este momento, ella pensaba que la experiencia venía de fuera (7M 2,3). Ahora comprende que la

central donde reside el Rey; y, cayéndosele las escamas de los ojos (Hch 9,18) como a Pablo, contempla el misterio de la Santísima Trinidad (7M 1,7). Las Personas divinas dilatan el ser de Teresa para estas nupcias cristológicas<sup>79</sup>. La meta de *Las Moradas* no es la Trinidad como alguna vez se ha dicho. Es el matrimonio espiritual. Es cierto que se da esa experiencia e incluso antes del matrimonio<sup>80</sup>. Pues ésta tiene lugar en el capítulo uno, previo a la gracia matrimonial, como expresamente afirma santa Teresa<sup>81</sup>. El matrimonio tiene que leerse en contexto trinitario previo y subsiguiente, como consta por las *Cuentas de Conciencia*, pero hasta que no se da la transformación en Cristo -matrimonio- la experiencia trinitaria no alcanza su cenit, pues la experiencia trinitaria precedió y siguió a la concesión de esta gracia.

experiencia se realiza dentro. Esta percepción de la presencia de Cristo resucitado dentro del yo es de lo más esencial de la mística de Teresa, cf. CC 45; 48,3.

<sup>79</sup> Es curioso cómo Teresa experimenta antes del matrimonio el misterio trinitario. Ella desde 1571 tenía experiencias trinitarias (CC 14 15, 21, 22, 28) -Las de *Vida* 27,9 y 39,25. quizás no gocen de tanta intensidad-. ¿Qué sentido tiene esta experiencia previa al matrimonio? Me parece que la experiencia está en función de preparar y disponer a Teresa para esta gracia, que es la suprema en el camino espiritual. Después, desde esta experiencia de Cristo totalizante se acrecienta la experiencia trinitaria, y se entiende y comprende el misterio del hombre cf. CC 66,3; 36, 45, 46, 47. Cf. A. MAS ARRONDO, *Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual*, Ávila, 1993, p. 185. “Es interesante constatar que la Santa en las séptimas moradas, está haciendo, en 1577, una sistematización de la experiencia vivida al menos desde mayo de 1571, cuando nos presenta su sorpresa y asombro ante su primera experiencia estrictamente trinitaria (R 16,1). Es una experiencia vivida en el contexto del desposorio, pero antes de la primera experiencia del matrimonio espiritual testimoniada por primera vez en noviembre de 1572 (R 35)” R. CUARTAS LONDOÑO, *Experiencia Trinitaria de Santa Teresa de Jesús*, Burgos, 2004, p. 530.

<sup>80</sup> Cf. Nota 79.

<sup>81</sup> “A pesar de esta invasión y permanencia de la presencia trinitaria hay que notar que la consumación del matrimonio se realiza con la *Humanidad Santísima de Cristo*. Éste es, como hemos afirmado en el capítulo anterior, uno de los aspectos más novedosos en esta cumbre experiencial teresiana” R. CUARTAS LONDOÑO, *Experiencia Trinitaria o.c.*, p. 530.

De hecho, Teresa en *Moradas* no se detiene en el análisis trinitario, pasa en seguida, y así lo dice, a explicar la realidad del matrimonio en el capítulo dos, y los restantes de las séptimas moradas son derivaciones de éste. El discurso teresiano termina ahí. Por la *Cuenta de Conciencia* 66, fechada un año antes de morir, sabemos que Teresa vivía una altísima experiencia trinitaria junto con una vivencia también muy cualificada de la Humanidad de Cristo. No me resisto a transcribir el texto: "Lo de las visiones imaginarias ha cesado; mas parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad, que es -a mi parecer- cosa muy más subida" (CC 66,3).

La gracia del matrimonio no es algo que acaezca sólo una vez. La primera se realiza por visión imaginaria, después ya siempre tendrá lugar mediante la intelectual (7M 2,3)<sup>82</sup>. La primera vez sucedió dentro de la celebración de la Eucaristía (7M 2,1); y se le representó el Señor "después de comulgar con forma de gran resplandor, hermosura y majestad, como después de resucitado" (7M 2,1). Mística, liturgia y pascua<sup>83</sup>. Mística, pues, esencialmente cristiana. Desde aquí se evidencia la distancia en que se sitúa la mística teresiana de la mística general. Y allí en el centro del alma el Señor pronuncia las palabras de la alianza (7M 2,1; cf CC 29)<sup>84</sup>.

<sup>82</sup> "Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual -aunque más delicada que las dichas-, como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: «Pax vobis»" [Jn 20,19-21].

<sup>83</sup> "Teresa detecta en las facultades del ser humano como una especie de oquedad «crística», en cuanto que descubre en ellas una tendencia endógena hacia Jesucristo. De esta forma el aspecto psicológico del hombre queda también, en la experiencia teresiana, relacionado con Jesucristo; sólo desde Cristo puede comprenderse las profundidades y los misterios que existen en el hombre, pues nuestras facultades únicamente encuentran su plena madurez cuando han sido tocadas en sus raíces por la persona de Cristo" (S. CASTRO. *Cristología teresiana*, o.c. p. 126).

<sup>84</sup> Para expresar la unión con Jesucristo y a través de ésta la unión resultante con el Padre, así como la paz profunda que de ahí se produce, Teresa acude a algunos textos evangélico-cristológicos de gran densidad (Lc 7,50; Jn 17,20-21.23; 20, 19-21). "El lenguaje simbólico nupcial determina el Matrimonio espiritual como una relación de encuentro entre personas, esposa y es-

La comparaciones de las que a continuación se servirá Teresa para expresar el resultado de este acontecimiento expresan que la unión entre ella y Cristo es total (7M 2,6). Veamos una: es como el agua que cae del cielo en un río; ya no se pueden separar la una de la otra (7M 2,6). Desde aquí la persona queda abierta a experiencias nuevas, de las que Teresa ya no se ocupa.

Obviamente de la transformación en Cristo se deriva para Teresa la participación en sus sentimientos (7M 3,2-7). Entre ellos conviene destacar la ternura hacia el enemigo, y el orientar toda la existencia en ayudar al Crucificado. (7M 3,4). Ya no tiene otros deseos. Su voluntad está plenamente identificada con la de Dios. Es que “la mariposilla que hemos dicho muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo” (6M 3,1)<sup>85</sup>, afirmará Teresa<sup>86</sup>.

Alguien pudiera preguntarse el porqué de tantas gracias a determinadas personas. A Teresa no se le ocurre otra respuesta que la de predisponerles para poder imitar a Jesús en su Pasión. Dice: “Y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza y poderle imitar en el mucho padecer” (7M 4,4). E invita al seguidor a ir por el camino que el Señor fue y también fueron sus santos (7M 4,12). Y a continuación pone como modelo de cristianismo a Marta y María (7M 4,14-15).

poso. Con un fondo típicamente cristiano y de clara referencia bíblica, tanto por el *Cantar de los Cantares*, como por la estructura de la Alianza. Si ésta es la estructura fundante del pensamiento teresiano, significa que el resto de los lenguajes empleados han de contemplarse subordinados a éste” (A. MAS ARRONDO, *Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual*, Ávila, 1993, p. 398.

<sup>85</sup> Más adelante para expresar esta transformación en Cristo aducirá dos textos de Pablo (1Cor 6,17; Fl 1,21). Presentando este último, escribe: “«Mihi vivere Christus est, mori lucrum». Así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla, que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo” (7M 2, 6).

<sup>86</sup> Teresa dedica aquí unos cuantos números (7M 3,7-15) a describir la paz cristológica del alma. Se dan momentos de cruz, que “pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza, que la presencia que traen del Señor les hace que luego se les olvide todo” (7M 3,15). A pesar de tantas gracias. “andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el publicano (Lc 18,13)” [7M 3,14].

Y casi al final del último capítulo estampa su autora aquel grito: “Poned los ojos en el Crucificado” (7M 4,9), palabras, que indudablemente hacen inclusión con aquellas de la primera morada, que remiten a Hebreos: “Fijos los ojos en Cristo” (1M 2,11)<sup>87</sup>. *Las Moradas*, pues, se despiertan y se duermen con los ojos fascinados. Al abrirlos, es en Jesús, en quien se deslumbran (1M 2,11); al apagarlos, es en Jesús en quien se encienden (7M 4,9)<sup>88</sup>. *Las Moradas* son, pues, una Cristofanía<sup>89</sup>.

<sup>87</sup> Hb 12,2.

<sup>88</sup> “Después de este largo recorrido por el libro de *Las Moradas* le queda a uno una grata y agradable sensación... No son sólo los textos y personajes bíblicos y símbolos de la Biblia, sino las resonancias y ecos bíblicos..., que dan a la obra una tonalidad y un colorido dulce y fuertemente bíblico... Y más especialmente los relativos a Jesucristo... *Las Moradas* son como una Biblia diluida y con tanta y más razón que del libro del *Camino de Perfección* se pueden decir que parecen Sagrada Escritura” (R LLAMAS, *Biblia*, o.c. p. 214-215).

<sup>89</sup> Cf. R. PANIKKAR, *La plenitud del Hombre, una cristofanía*, Madrid, 1999. El autor sueña con una Cristología abierta al Espíritu, a la mística, a la contemplación.